

estado de naturaleza pura sería natural al hombre, en la economía actual divina es consecuencia y derivación del pecado original, porque, como dice el Doctor angélico (1.^o 2.^o q. 82: a 3) habiendo roto el hombre la sujeción que debía a Dios, justo era que en pena de su insubordinación, su parte sensible o inferior se revelara contra su parte superior o racional.

«Esos ataques de la concupiscencia, dice un Mariólogo moderno, por ligeros que se supongan, y cualquiera que sea el carácter que revistan, que tomen la forma de resistencia del espíritu o que se presenten ora como impulsos del corazón, ora como movimientos de los sentidos, por sí mismos y prescindiendo de los actos a que pueden arrastrar, constituyen un verdadero desorden material. Esos ataques son una mengua para el que tiene que sufrirlos, porque son indicio de impotencia y señal de flaqueza; son una prueba de que es incapaz de prevenirlos, que no puede reprimirlos, que no ejerce sobre sí mismo sino un señorío muy imperfecto, que no existe en él ese equilibrio armonioso, esa incomparable rectitud con que Dios, el día de la creación, favoreció al hombre que acababa de sacar de la nada. Pero esta carencia de señorío, de equilibrio y de rectitud constituyen una imperfección muy real, y es cosa bien demostrada que Jesús ha alejado de los caminos de su divina Madre toda imperfección que no sea esencial a nuestra naturaleza. Esas resistencias al bien y esas tendencias más o menos violentas al mal, que constituyen la concupiscencia, suponen un fondo inficionado por la corrupción, sólo puede ser resultado de una naturaleza viciada; pero en María no puede haber nada que no sea puro, inmaculado y virginal.»

Aunque la concupiscencia en sí misma no sea pecado, puesto que por el bautismo el alma es santificada y, sin embargo, permanece la concupiscencia, tiene íntima relación con la culpa y con el mal moral, porque nace del pecado e inclina al mismo, como dice el Concilio Tridentino. Predestinada la Santísima Virgen a tener con Cristo la mayor unión posible después de la hipostática, a ser la Unigénita del Padre, de modo que así como el Unigénito recibió la naturaleza divina, la Unigénita recibiría tal plenitud de gracias que la acercarían a la divinidad en grado que solamente es conocido por Dios; predestinada a ser la esposa hermosísima del Espíritu Santo cuyos amores satisfaría hiriendo con sus miradas y hasta con sus cabellos todo su corazón, apesar de ser la personificación del amor infinito; concebida María límpida de toda mancha y habiendo de ser el prototipo de la perfección y santidad a que puede llegar la naturaleza humana; debiendo mezclarse en la misma obra reparadora la sangre de Cristo y los sufrimientos de María, de modo que en un mismo